

ANDREA LONGARELA

*Caótica
Jimena*

· NEÏRA ·



Caótica Jimena

Escrita por Andrea Longarela

-Neïra-

Título original: Caótica Jimena.

Neira, 2017.

© Andrea Longarela Gómez.

1ª edición: junio 2017.

Aviso legal:

Reservados todos los derechos. No se permite la reproducción total o parcial de esta obra, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio (electrónico, mecánico, fotocopia, grabación u otros) sin autorización previa y por escrito de los titulares del *copyright*. La infracción de dichos derechos puede constituir un delito contra la propiedad intelectual.

Todos los escenarios y personajes han sido inventados, cualquier parecido con la realidad es mera coincidencia.

Índice

[Dedicatorias](#)

[*En una playa del Caribe. 7:03 pm.*](#)

[El control](#)

[El desequilibrio](#)

[El caos](#)

[Simplemente, Jimena](#)

[*En una playa del Caribe. 6:45 pm.*](#)

[Agradecimientos](#)

[Nota de la autora](#)

[Sobre la autora](#)

Dedicatorias

A mis lectoras, gracias por hacer que el viaje sea tan bonito.

Sobran las palabras.

Tres reglas básicas:

En el caos está la sencillez.

En el conflicto está la armonía.

En el medio de la dificultad está la oportunidad.

Albert Einstein.

En una playa del Caribe. 7:03 pm.

Bruno me contó que había llegado a odiar a Jimena. Que en aquellos días malos en los que su vida no dejaba de torcerse y asfixiarlo, pensaba en ella y quería romper cosas.

Sin control. A lo loco.

Que la odiaba por todo lo que era.

Por esa expresión de suficiencia que ponía cuando quería tener la razón. Por la forma de hincarse las uñas en la palma de la mano para no mordérselas. Por su mirada airada. Por esa sonrisa falsa que no le llegaba a los ojos.

Mucho y muy fuerte.

Tanto y tan fuerte como la quería.

Por esa expresión curiosa que se le ponía cuando algo captaba su atención. Por esa forma de tocarse el labio cuando se ponía nerviosa. Por esa sonrisa sincera que la hacía brillar.

Supongo que debería empezar diciendo que ninguno de los dos era una mala persona. Quizá tampoco la mejor, pero ¿quién lo es cuando te encuentras con alguien que te mantiene permanentemente despierto, que no esperabas, que ni siquiera quieres en tu vida y que no llega en el momento adecuado?

Bruno y Jimena eran tan imperfectos que dudabas al verlos que de lo suyo pudiera salir algo bueno.

Sin embargo, la vida acaba por enseñarte que la perfección es soberanamente aburrida. Bruno ya lo sabía, pero conocerla a ella, con todas sus contradicciones, le dio la razón una vez más.

Por otra parte, siempre han sido de los que creen que los límites del bien y del mal son cuestionables cuando la vida te sitúa en determinadas situaciones.

El caso es que no eran unas malas personas, ni mucho menos, aunque sí que se portaron mal. Jimena con Bruno,

Bruno con Jimena...

No sabría decir en qué momento dejó de ser algo bueno para convertirse en un castigo para ambos.

Hablo de quererse, aunque fuese en silencio.

Y dejadme decir que querer en silencio es, como poco, doloroso.

El amor debería gritarse siempre.

La primera vez que Bruno me habló de Jimena lo hizo sonriendo...

Jimena, tan pequeña, tan frágil en apariencia, con los ojos tan llenos de vida y tan perdida en un mundo que creía quedarle demasiado grande y que al final se le quedó pequeño. Una apariencia de muñeca de pelo negro, mirada intensa y sonrisa dormida que caminaba por el mundo de puntillas para no hacer ruido ni molestar.

Lo que pasa es que las cosas bonitas suelen dar pasos atronadores sin darse cuenta y así fue como Jimena llegó a la vida de Bruno, sin avisar, poniéndolo todo patas arriba y componiendo con sus pies la canción más bonita del mundo.

Reitero que no era una mala persona, no sabía serlo, solo estaba asustada y tenía un orgullo escondido muy dentro que solo él supo liberar.

Sin embargo, quizá él sí que lo fue.

Quizá se portó mal sin querer, porque quererla le parecía suficiente para que lo demás dejase de importar tanto. Quizá lo fue por rendirse antes de tiempo. Quizá por retrasar tanto lo inevitable, incluida su propia felicidad.

No lo sé... ¿Cómo puedo saberlo yo sin haber estado en su piel?

Lo único que sé es que se quisieron tanto que fueron incapaces de besar a otros, tocarlos, olerlos y no buscarse en sus manos.

Solo sé que el amor a veces puede tomar forma y palpase, aunque sea a través del papel fotográfico.

El sol comienza a no brillar tanto sobre estas aguas cristalinas. La brisa es cálida y salada, y en el ambiente se respira algo bonito.

Hago una última foto y me marcho, sonriendo, pensando que serán instantáneas suficientes para rellenar los espacios en blanco.

El control

Dominio que una persona tiene sobre sus propios sentimientos, emociones o impulsos.

Jimena

Estaba tan nerviosa que me sentía las manos temblorosas sobre el teclado y una ligera capa de sudor en la parte superior del labio. Que me sudaba el bigote, vaya, y me aterraba que se notara el brillo a través de la pantalla.

«Jimena, relájate. Solo es una entrevista y no quieres cegar a nadie con el reflejo de tu sudor, ¿verdad?».

Me había cambiado tres veces de ropa para al final elegir la más neutral que tenía en mi armario, una camisa gris de cuello cerrado, acompañada por un moño bajo recogiendo mi pelo y unos sencillos pendientes de plata. De cintura para abajo, unos vaqueros negros con rotos en las rodillas y calcetines de colores. Me sentía un poco como esas chicas del telediario a las que por todos es sabido que solo les preparan lo que se muestra en pantalla y después, al levantarse, descubres que van en mallas y zapatillas de deporte.

Al menos pensar en eso me hacía sentir menos ridícula por no haberme dado cuenta antes, siendo ya demasiado tarde como para arreglarlo, de que estaba tan nerviosa que aún iba en zapatillas de estar en casa. No debes olvidar mi sudor como complemento.

Joder... No tenía muchas esperanzas de que saliera bien, pero tampoco quería que me recordaran como la chica del bigote brillante entre un montón de candidatos mucho más preparados que yo, que ni siquiera tenía aún muy claro cómo había llegado a estar en esa situación.

Un blog personal que había ido aumentando en visitas, un par de recomendaciones en revistas destacadas y una propuesta de presentarlo a un concurso para ganar una beca en una importante compañía de comunicación.

Bueno, más que una propuesta había sido una decisión tomada exclusivamente por mi primo Adrián y que había

llevado a cabo a mis espaldas al enterarse de la oportunidad que presentaba una de las empresas con la que él llevaba colaborando tres años como informático.

El caso es que un día había recibido un correo de dicha empresa interesándose por mi proyecto y un mes más tarde allí estaba, incluida en el grupo de finalistas para luchar por la beca, que consistía en anexas el blog ganador a la web de su revista de moda más prestigiosa como parte de su carta de entretenimiento virtual. Una posibilidad de hacer lo que yo hacía en mi casa en pijama, pero en una ciudad llena de oportunidades, colaborando además en otras secciones como parte de la formación que ofrecían y cobrando por ello.

Era acojonante.

Entre otras cosas porque en el blog en cuestión yo no solo hablaba del sector textil, sino que lo intercalaba alegremente con las chorradas que se me pasaban por la cabeza, como lo enfadada que estaba con mi amiga Laura por su manía de organizarme citas con hombres que ni conocía ni deseaba conocer, la incapacidad que aún, con mis veinticinco años, seguía teniendo de decirle a mi madre que cocinaba de pena y siempre con demasiado aceite, o lo mal que llevaba tener que buscar modelito cuando me invitaban a una boda y no sentirme disfrazada. Esas cosas que a todas nos amargan la vida, pero que en realidad no tienen la más mínima importancia y que parecen hasta ridículas en cuanto las comparas con problemas de verdad.

Es cierto que me esforzaba por mantener al día algunas secciones dedicadas a las nuevas tendencias, un espacio sobre complementos imprescindibles y artículos esporádicos sobre la historia de la moda. Pese a ello, podía categorizarse más como una especie de diario virtual que se había convertido, sin yo pretenderlo, en una exposición pública del mal funcionamiento de mi cerebro que como un lugar en el que encontrar algo interesante relacionado con el tema en cuestión.

El único rincón de mi vida en el que me permitía ser más yo y menos el ideal que tanto me esforzaba por conseguir.

No tendría muchos amigos, pero aquel blog había llegado a la friolera de cinco mil seguidores en un lapso de tiempo demasiado corto, lo cual me indicaba lo triste que era mi existencia, cuando lograba ser más atrayente en la red, escondida en la seguridad de mi habitación, que en carne y hueso.

Porque sí, antes de que te lo preguntes, te lo confirmo yo, no se trataba de esa clase de blog en el que la dueña luce palmito cada día vistiendo modelitos dignos de admirar y de querer imitar, no. Yo amaba la moda, pero desde la barrera. Sentía adicción por el tacto de los diferentes tejidos en las yemas de los dedos. Por la belleza de las medias con costuras de los años veinte. Por la sensación de unos flecos de antelina al caminar o de la seda de un vestido entre las piernas.

Por ese motivo, entre muchos otros, seguía sin comprender cómo a alguien le podía parecer interesante un blog de ese estilo, cuando había miles pululando por la red llenos de fotografías de chicas bonitas exhibiendo las prendas como una segunda piel.

Y, sin embargo, ahí estaba yo, sudando como un pollo, con una camisa que odiaba, pero que reservaba para las entrevistas de trabajo y que estrenaba ese día porque era la primera de cierta categoría que me hacían, sentada en el escritorio de mi infancia y esperando a que la videollamada que podía cambiar mi vida llegara.

A las seis en punto, la imagen cambió y apareció ante mí una mujer rubia de mediana edad sonriente y vestida con un traje de chaqueta gris marengo. Sonreí satisfecha por haber acertado con mi ropa, y después me sujeté a la silla para no derrumbarme y desaparecer de su visión en plan truco de magia, porque los nervios comenzaban a to-

mar el control de la situación antes ni siquiera de que me diese tiempo a abrir la boca.

—Señorita Abellán. Buenas tardes, soy Malena Carrión, la directora del departamento de recursos humanos de C&H y encargada de hacerle esta entrevista.

—Buenas tardes, señora Carrión.

¿Señora? ¿Señorita? ¿Iba a meter la pata tan pronto?

Noté cómo el sudor de mi bigote aumentaba su volumen por dos.

—Llámame Malena y nada de usted, por favor. Esto no es un examen, así que dejemos los formalismos, ¿te parece?

Sí que lo era, pero hacerme creer que no consiguió que mis piernas dejaran de parecer gelatina, y asentí complacida.

Quizá no fuese tan difícil, después de todo, y pudiera controlar la situación. Quizá no fuera más que una charla entre amigas; al fin y al cabo, el proyecto becado tenía un punto juvenil y desenfadado, lo más lógico sería que todo el proceso lo tuviese. El mundo creativo y esas memeces, ¿no?

—De acuerdo, Malena. Gracias por dedicarme tu tiempo y darme una oportunidad.

—El placer es mío. Empecemos. ¿Por qué crees que tu presencia en nuestra compañía sin un currículum que te respalde puede ser favorecedora para la empresa?

O quizá no.

Mi esperanza duró diez segundos exactos y me desinflé como un globo.

Había estudiado Comunicación, Estilismo e Imagen de Moda en Madrid, sí, y lo había hecho con buenas notas, aunque no con la media suficiente para destacar, sino que era una chica más del montón con un título y unas prácticas firmadas por el gerente de un taller textil de los mil quinientos que abundaban sin nombre en la capital; una chica que, por más que se había esforzado, se había demostrado

a sí misma que no era nadie con nada especial que la hiciera resaltar en un grupo de gente.

Al terminar mi formación y verme obligada a volver a la calidez del pueblo en el que nací y donde seguía encontrándose mi hogar, no había trabajado más que como azafata en la feria gastronómica (y de la cerveza) que cada año se organizaba en mi barrio (sobre todo era de la cerveza). También había llenado una carpeta con diplomas de cualquier curso online que se cruzaba en mi camino y que pudiese aportarme algo. Ah, y para no aburrirme por las noches y no volverme loca encerrada con mi madre y con mi abuela en casa, escribía en un blog sobre lo que se me pasaba por la cabeza.

Nada más.

Esa era Jimena Abellán y, al contrario de lo que pueda parecer, la mayor parte del tiempo mi vida tranquila y anodina me agradaba.

—Bueno, es cierto que prácticamente acabo de finalizar mis estudios y que, como usted... perdón, tú has dicho, no dispongo de experiencia en el sector, pero creo que podría aportar juventud, nuevas perspectivas y un...

Blablablá.

Seguí hablando sin titubear con mi tono más profesional, ese que llevaba ensayando frente al espejo toda la semana (y casi toda mi vida), durante unos minutos en los que me imaginé a mí misma de vuelta a la cola del paro, aceptando un puesto en la fábrica de recambios de piezas automovilísticas que sostenía al pueblo entero y despidiéndome de mi sueño efímero y poco realista de hacer las maletas y comenzar una nueva aventura nada menos que en Barcelona, compartiendo piso con mi primo, trabajando para una gran empresa de comunicación y dando largos paseos por la playa al atardecer.

Volví a meter mis sombreros de paja y mis bikinis en mi maleta imaginaria y con ellos parte de mis fantasías estúpidas.

—¿Qué supone para ti trabajar en la moda y por qué has decidido enfocar tu carrera hacia el sector de la comunicación y no hacia otro?

«¿Que por qué? Y yo qué sé. Porque ver a mi abuela traquetear con su vieja máquina de coser es el mejor recuerdo que albergo de mi infancia. Porque encerrarme a hacerles vestidos a mis muñecas con los retazos de tela que a ella le sobraban en la soledad de mi habitación fue y sigue siendo, aunque ya no me lo permita, el mejor modo de diversión que se me ocurre. Porque cualquier cosa que pueda ayudarme a encontrar esa estabilidad e independencia que tanto ansío me vale. Porque soy de las que se leen cada letra de cualquier revista; horóscopo, necrológicas y publicidad incluidos. Porque hablar sobre ropa, leer y escribir es lo único que sé hacer medianamente bien en la vida y este trabajo engloba todas esas cosas. Porque, pese a todo ello, lo que más me sigue costando en el mundo es expresarme y comunicarme con los demás y necesito aprender a controlarlo. Porque ya no coso. Por eso».

—La comunicación es lo que nos mueve, Malena. Creo que es el medio que nos distingue y nos permite avanzar como especie...

Blablablá.

Que sí, que un coñazo tremendo.

A mí me gustaba escribir sobre los cosméticos que me compraba, probarlos en casa y compararlos en función de sus resultados. Hacerme una cartera con los bajos de unos viejos vaqueros y explicar el procedimiento paso a paso. Despotricar contra las modas que encontraba absurdas y alabar aquellas que de tan absurdas que eran me fascinaban. Analizar letras de canciones. Exponer los motivos de mis relaciones fallidas, y no solo amorosas, que eran inexistentes, sino de las relaciones en general. Hacer listas de objetivos que, por mucho que me esforzaba por cumplir, siempre se me resistían. Reseñar los libros que devoraba. Un montón de chorradas que no podía explicarle a nadie